

Dorothy Ko, Jahyunkim Haboush y R. John Piggot, *Women and Confucian Cultures in Premodern China, Korea, and Japan*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles, Londres, 2003, 337 pp.

Se ha escrito mucho sobre el confucianismo y la mujer del Lejano Oriente, particularmente de China, —la patria de Confucio— y también de otros países de Asia oriental, como Japón y Corea, que durante siglos abrigaron el confucianismo dentro de sus instituciones políticas, económicas y sociales.

El libro *Women and Confucian Cultures in Premodern China, Korea, and Japan*, objeto de esta reseña, es un valioso material que analiza, describe y ejemplifica la vida de la mujer en estas tres sociedades. Es una recopilación de artículos de prominentes estudiosos del tema, divididos en cuatro grandes secciones temáticas y de cierto modo, también cronológicas. Los cuatro grandes temas son: “Escritos sobre la dominación masculina”, “Propagando las virtudes confucianas”, “La educación de la mujer en la práctica” y “Expresiones corporales y literarias de la mujer como sujeto”. Las épocas que los textos abarcan son del siglo VI al IX, del XII al XIII y del siglo XVI al XIX, periodos de cambios políticos y sociales importantes en la región del Lejano Oriente.

El confucianismo es considerado como proceso civilizador de la región en el más amplio sentido de la palabra. El discurso confuciano se define como un conjunto de textos clásicos propagados a través de los exámenes imperiales y fuente de autoridad política y moral. Sus conceptos básicos como los ritos, la rectitud y la piedad filial, son válidos para todas las capas sociales y conciernen tanto al individuo como a la familia y el Estado. El soberano y los eruditos gobiernan de la mano en la tierra, y el soberano como “el hijo del cielo”, representa la trilogía compuesta por el cielo, la tierra y el hombre.

En el discurso confuciano la supremacía del género masculino es implícita. El confucianismo ofrece una fórmula casi perfecta para “preservar la paz bajo el cielo”, el máximo ideal para las sociedades orientales. Para que la fórmula surtiera efecto, era necesario que cada elemento bajo el cielo cumpliera con su papel según el género, la edad y la posición social.

Esa fórmula, muy probada en China, atrae la atención de Corea y Japón, estados que pronto adoptan el confucianismo como ideología oficial de sus imperios. Durante el Estado Silla, aproximadamente en el siglo V, el confucianismo permea las instituciones de Corea. En esa época, debido a la aún débil influencia de los patrones confucia-

nos, la mujer aún goza de cierta igualdad. El ejemplo de eso son dos mujeres, Söndök (632-647) y Qinsöng (887-897) quienes gobiernan el imperio coreano.

En el periodo Koryö (918-1392) la mayoría de los clásicos confucianos son libros de texto para la burocracia coreana. Los gobernantes que siguiendo el patrón chino se consideran a sí mismos hijos del cielo, adoptan íntegramente los esquemas administrativos de China en todos los ámbitos del gobierno. Abundan traducciones al coreano de los textos confucianos, especialmente de aquellos dedicados a la mujer. La mujer considerada como la guardiana y heredera del máximo valor confuciano, la familia, es bombardeada con textos que la excluyen de la sociedad y limitan sus funciones exclusivamente al dominio de la familia. Primero la piedad filial y luego poco a poco la castidad, comienzan a ser las causas de grandes sacrificios, incluso físicos de la mujer. Durante el periodo Chosön (1392-1910) las doctrinas confucianas ya petrificadas en la médula de la sociedad coreana, rigen todas las esferas de la cotidianidad.

En el caso de Japón, la penetración masiva del confucianismo, el legalismo, budismo y el daoísmo en el periodo Nara (710-784), genera una compleja fusión nominada por el estudioso David Pollack como "La dialéctica China-Japón". Poco a poco, el sistema administrativo, legal y educativo Tang se va insertando en las instituciones japonesas. El monje Gebo y el estudioso Kibi Makibi son enviados a China para recopilar las obras clásicas e introducirlas a Japón. La piedad filial, las ceremonias de luto por los padres, y la exclusión paulatina de la mujer de la sociedad poco a poco se incorporan en la cotidianidad.

Hiroko Sekiguchi en su artículo "El paradigma de la familia patriarcal en Japón del siglo XIII", argumenta que en ese periodo la penetración del confucianismo es aún incipiente. Si bien la corte y la aristocracia gobernante han aceptado los patrones confucianos, las clases bajas, especialmente en el medio rural, aún están lejos de "los ideales confucianos". La mujer es sujeto de herencia, puede poseer propiedades e incluso traer al marido a la casa materna. La castidad no es tema prioritario y la mujer tiene el derecho de rechazar tener relaciones sexuales incluso con su marido. Mientras tanto, en la corte, los emperadores según el artículo 17 del Código administrativo, ofrecen premios y exentan del pago de impuestos a los hijos filiales, esposos rectos y esposas virtuosas.

Joan R. Piggot en su artículo "La última soberana-Kōken-Shōtoku Tennō narra el tortuoso ascenso de la princesa Abe, hija del gobernante Shōmu Tennō al trono del imperio. Por diversas circunstancias Shōmu Tennō se queda sin heredero por lo cual se ve obligado nombrar en el año 738 a su hija Abe como sucesora al trono. La frase

“aunque es mujer”, acompaña su tormentoso ascenso. Cuando el padre se arrepiente y asigna al Primo Fundao como su sucesor, la princesa Abe, indignada, se basa en el principio de piedad filial confuciana para acusar a Fundao de irreverente e irrespetuoso por “haber incumplido cabalmente los ritos de luto hacia su difunto padre”, y correrlo del trono. Ella finalmente en el año 749, en circunstancias políticas adversas, asume el mando. Para apaciguar el descontento, forma alianzas con hombres prominentes a quienes asigna puestos importantes en el Consejo de Estado, órgano administrativo del imperio fundado por ella. Al mismo tiempo designa al monje Dōkyō como responsable de los asuntos budistas del imperio. El imperio de la princesa Kōken Tennō se enfrenta a muchas adversidades. Algunos historiadores argumentan que fue el monje Dōkyō quien acaparando el poder, deja en la sombra a la princesa. Sin embargo, el autor de este artículo sostiene que fue la tradición confuciana y el accidentado reino de la princesa Abe lo que conduce a la conclusión de que la sucesión de una mujer al trono es un asunto problemático que debe ser evitado para siempre.

Hai-Soon Lee, en su artículo “Representación de la mujer en la historiografía de Corea del siglo XII”, describe la primera historia sistemática de Corea llamada “Samguk Sagi” (Historia de los Tres Reinos), editada por Kim Pusik (1075-1151).

Kim Pusik, un ferviente seguidor de la “avanzada” civilización confuciana, ha sido ampliamente criticado por parte de los historiadores nacionalistas como el responsable de aniquilar el espíritu nacionalista coreano que había emergido en el siglo XII, mediante el intento de dos líderes locales llamados Myoch’ōng y Chong Chisang, de proclamar en el año 1334 la igualdad entre la dinastía coreana Koryō y las dinastías chinas Song y Jīn.

En su libro de historia, escrito en el estilo de las historias dinásticas chinas, Kim Pusik describe la biografía de varias mujeres virtuosas. La virtud de estas mujeres, yendo aún más lejos, la existencia de estas mujeres, se debe a su función de madres y esposas. Las mujeres son hijas filiales que hacen grandes sacrificios por los padres, son hermosas esposas fieles que no sucumben ante la seducción de reyes, esposas inteligentes que se casan con maridos tontos a los cuales guían hacia el éxito, esposas buenas que magnifican en público las virtudes de sus valientes esposos, madres abnegadas y ejemplares que daban la vida por sus hijos.

En el siglo XV con el propósito de infiltrar aún más los valores confucianos, son publicados muchos libros en coreano vernáculo sobre la conducta moral de la mujer. La mujer coreana vive encerrada por muchos siglos en la cárcel del confucianismo.

Joseph S. C. Lam en su artículo "La presencia y la ausencia de la mujer en la música de China", narra la ambigüedad en torno a la mujer y la música en China Imperial. El maestro Confucio aprecia la música, tanto que uno de los clásicos recopilados por él es el "Canon de la música". Para Confucio, la música es un elemento necesario que armoniza la vida. La mujer, con su sensualidad innata, provee a la música elegancia y armonía. Pero, ¿cómo incluir a la mujer en la esfera de la música, en una sociedad donde impera la superioridad del hombre? Esté dilema, muy presente en los escritos, en la práctica estuvo ausente. La ambigüedad ante esta cuestión, afortunadamente, permite la existencia de extraordinarias mujeres artistas tanto entre la élite gobernante como entre las clases bajas.

Jian Zang, en su artículo "La mujer y la transmisión de la cultura confuciana en China durante la dinastía Song" explica la íntima relación entre el afianzamiento de la familia y los valores confucianos. El ideal de la familia confuciana es la familia extendida, donde varias generaciones comparten el mismo techo. Para que este tipo de familia, con muchos hombres y mujeres de diferentes edades, pueda vivir en paz, son indispensables reglamentos y códigos estrictos para la convivencia. En la dinastía Song entre las familias acomodadas, nace la costumbre de editar manuales personales de conducta intrafamiliar. Un ejemplo de eso era el manual "Instrucciones para la familia Zheng", recopilado por los descendientes de Zheng Yi, progenitor de un próspero linaje durante la dinastía Song. Los miembros de esa familia todos los días en la mañana se reúnen para recitar los 168 estipulados, donde casi cincuenta de ellos se referían directamente a la mujer.

Entre ellos se puede leer: "la armonía de la casa depende de la bondad de la mujer, [...] Una mujer celosa y chismosa puede traer calamidades a la familia, [...] la suegra tiene la obligación de reprimir a la nuera celosa o chismosa, si no se calma, puede inducir el divorcio, si la nuera es floja, debe ser castigada, la nuera no puede visitar familiares lejanos, sólo puede a veces ver a sus padres pero no puede llevar consigo a los hijos mayores de ocho años". (p. 130)

La mujer siendo casi propiedad privada de la familia política, carecía de identidad propia; la nuera espera ansiosamente ser suegra para desquitar su sufrimiento pasado.

Muchos registros de la época hacen pensar que la vida de la mujer acomodada es mucho más limitada que la vida de la mujer de clase baja. Entre los pobres, por cuestiones económicas, las viudas pueden volverse a casar y el divorcio también existe, una de sus causas fundamentales es la infertilidad femenina.

La niña a los ocho años en Song se somete a procesos de instrucción mediante obras como "Lecciones para la mujer" y "Biografías de

mujeres". No les es permitida la lectura de otras obras, ni actividades como la caligrafía o literatura. La dinastía Song, de cierta manera, es el preámbulo a la edad oscurantista de la mujer en China.

Martina Deuchler, en su artículo "Propagando virtudes femeninas en Corea Chosŏn", sostiene que durante la dinastía Chosŏn (1392-1910) el confucianismo finalmente se consolida en Corea. En algunas de sus expresiones, incluso argumenta que "el alumno superó al maestro" en la fidelidad y rigidez con la que se llevan a cabo las enseñanzas confucianas. Los códigos administrativos reglamentan la existencia de la esposa principal y las secundarias. Libros chinos como "La doctrina elemental" de Zhu Xi son elevados al rango de libros de texto. La complejidad de su lenguaje obliga a los preocupados gobernantes a traducirlos e ilustrarlos con muchos dibujos explícitos sobre las tres relaciones (gobernante-súbdito, padre-hijo, esposo-esposa). "La guía ilustrada para los tres lazos", publicada por primera vez en 1432, es abrigada por la élite como instructivo básico para la conducta de la mujer.

El rey Sŏngjiong (1469-1494), sin embargo y a pesar de todo, aún está muy preocupado por el bajo nivel de "transformación" de la mujer acomodada. Para mejorar la situación, textos como "Biografías de mujeres excepcionales", "Preceptos para la mujer", "Reglamentos para la mujer" y otros, fueron traducidos del chino y ampliamente ilustrados. La madre del rey Sŏngjiong se dio a la tarea de escribir el primer instructivo en idioma coreano, "Instrucciones para la mujer". Su genuina preocupación se expresa con claridad en el siguiente párrafo: "...La lealtad, la piedad filial, la rectitud y la castidad abundan entre los hombres, y son muy escasos entre las mujeres, abundan entre la élite y son inexistentes en la clase baja..." (p. 148)

La preocupación por la instrucción moral de la mujer no cesa en el periodo Chosŏn. Se editan muchos libros sobre mujeres ejemplares, madres abnegadas, esposas sacrificadas, hijas filiales. Los hombres tienen la obligación de instruir a sus mujeres en los ritos y la buena conducta confuciana. Algunas mujeres tienen acceso a la educación y aprenden a leer y escribir con el único propósito de profundizar el estudio de los clásicos dedicados a la conducta femenina.

Los códigos administrativos reglamentan los deberes de la esposa principal y de la segunda esposa. Delinean con claridad el lugar y las funciones de cada mujer en la familia y en las familias extendidas, donde por cierto, la convivencia no era del todo fácil.

La carga de las nueras no era envidiable: "...Sobre la nuera recae la prosperidad de la familia. Si es lista, podrá llevar bienestar a la familia, si es tonta, traerá calamidades y será la vergüenza de las futuras generaciones." (p. 156)

La mujer carecía de posesiones y de estatus económico, por lo cual, depende enteramente del hombre. La muerte del cónyuge deja a la esposa completamente desprotegida, por lo cual comienzan a abundar los suicidios entre mujeres viudas.

La castidad es una de las mayores virtudes femeninas en el periodo Chosŏn. "Una mujer casta es aquella que cuando el marido es perseguido por tigres o ladrones y la mujer pierde la vida por defenderlo, cuando muere defendiendo su honor ante bandidos, cuando al quedar viuda muere por resistirse ante la insistencia de la familia de volverse a casarse." (p. 161)

Las viudas que se suicidan no son bien vistas por la sociedad, ya que es necesario que alguien cuide a los suegros.

En este panorama poco halagador no es fácil ser mujer. Entre la multitud de mujeres que se sacrifican por cumplir con los requerimientos sociales, hay algunas que además de ser buenas confucianas, son también pintoras y poetisas virtuosas. Sin Saimdang (1504-1551) es una importante pintora del periodo Chosŏn, Hŏ Nansŏrhŏn (1563-1589) es una gran poetisa que antes de morir quema toda su obra. Su hermano puede rescatar algunos poemas, los cuales envía a China para ser publicados, ya que la publicación de poemas de una mujer en Corea es impensable.

El autor de este artículo concluye señalando que en una sociedad tan rígida como la coreana en el periodo Chosŏn, ser hija fiel, buena esposa casta y madre abnegada es poco compatible con la necesidad de desarrollar una identidad individual. La mujer, pues, sacrifica su identidad por el bien de perpetuar el sistema confuciano.

Noriko Sugano, en su ensayo "La indoctrinación de la piedad filial en Japón durante el periodo Tokugawa", explica el proceso de infundir la piedad filial entre la población a base de premios y menciones honoríficas. La familia compuesta por ancestros, miembros activos y sus descendientes es, según la autora, el núcleo de la sociedad del periodo Tokugawa (1600-1868).

Para consolidar un paso más las instituciones confucianas y afianzar las prácticas chinas en la cotidianidad, el gobierno en el año 1789 convoca al pueblo a señalar los individuos de ambos sexos y cualquier estrato social que han realizado buenas obras. Como resultado de este proceso surge la obra "Registros oficiales", donde se recopilan durante más de cien años un sinnúmero de cortas biografías de personas ejemplares. En esta obra aparecen registradas 8 600 personas; se señala con precisión la fecha y las distintas categorías de hechos virtuosos: "...La piedad filial es esencial en la conducta humana, por lo tanto, si el individuo ha realizado muchas obras buenas, la piedad filial ocupará el primer lugar. Para la mujer, la piedad y la castidad tienen el mismo peso..." (p. 172)

Las categorías de hechos virtuosos eran: piedad filial, hechos extraordinarios, lealtad, lealtad filial, laboriosidad en el campo, castidad, armonía entre hijos, armonía en la familia, armonía en el linaje, obediencia ante las costumbres y pureza. Los premios para los nominados consistían en arroz, dinero, exentar los impuestos, y aparecer en el *Registro oficial*.

Los registros oficiales basados en gente común y corriente son una excelente manera de propagar las virtudes confucianas entre todas las clases sociales. El rápido desarrollo económico y social de Japón en el siglo XVIII provoca importantes cambios en los roles del hombre y la mujer, tanto en la familia como en la sociedad. La piedad y la castidad ya no eran las únicas categorías donde la mujer puede destacar; la mujer en el vertiginoso proceso de desarrollo económico es cada día más importante como fuerza de trabajo.

Martha C. Tocco, en su artículo "Normas y textos para la educación de la mujer en Japón del periodo Tokugawa", narra el desarrollo de la educación en Japón durante los siglos XVIII y XIX. Mientras para los hombres, la educación es un arma para acceder al poder, para la mujer, la educación consiste en prepararla para realizar las funciones de hija, esposa y madre.

Bajo la premisa "los niños aprenden de los adultos y en las escuelas a través del directo contacto con el mundo, mientras que las niñas se quedan en casa" (p. 195), los padres tienen la obligación de enseñarles la manera de conducirse correctamente en la cotidianidad. Para ese propósito son publicados muchos manuales e instructivos para las niñas y las mujeres adultas.

Kaibara, un estudioso confuciano de la época, insiste en la edición de materiales en la lengua vernácula para acceder a un público amplio que desconoce los caracteres chinos. *El gran estudio para la mujer* es el manual más editado en el periodo Tokugawa. Esta obra exhortaba a los padres a "educar a las hijas y prepararlas para que se puedan casar y conducirse con decoro dentro del rígido sistema de la familia". En este periodo las expectativas hacia la mujer superaban las del hombre, pues en ellas recaía gran parte de la responsabilidad del buen funcionamiento de la familia y por ende, del imperio.

La educación que reciben las niñas varía según el estrato social. Registros de esa época muestran que las hijas de los samuráis tenían acceso a una educación más amplia y variada. Aunque el propósito final es el mismo, ellas además de aprender normas de conducta pueden leer libros de historia, narrativa china y también practicar la caligrafía china. Abundan las academias y escuelas formadas por mujeres y para las mujeres. Los grandes avances en la pedagogía se traducen en nuevos métodos de enseñanza y aprendizaje.

El acceso a la educación para las mujeres japonesas es un gran avance en su socialización y reconocimiento como entes útiles tanto para la familia como para la sociedad.

Fang Qindu y Susan Mann en el artículo "Competencia entre las demandas de la virtud femenina en la China imperial tardía" narran el cambio de los requisitos para la mujer virtuosa. Ellos argumentan que el principal requisito es la castidad con dos vertientes, pureza y espíritu de mártir. La piedad filial hacia los padres ya no es tan importante, en esta época lo esencial es la obediencia hacia el marido y la castidad. Los cambios de las demandas hacia la mujer, el vuelco desde la piedad filial hacia la castidad, principalmente se la atribuyen al neoconfucianismo, que surge en la dinastía Song para perpetrarse como ideología oficial del estado imperial chino. El fortalecimiento del sistema patrilineal se traduce en normas más estrictas hacia la mujer. Cambios en las leyes afianzan aún más el poder del hombre sobre la mujer. La obediencia de la mujer al marido es comparada con la obediencia del súbdito hacia el gobernante. La castidad es la clave de la obediencia de la mujer.

Durante las dinastías Ming y Qing no hay registros de divorcios y tampoco hay registros de viudas que se vuelven a casar. Al contrario, abundan los casos de viudas que se suicidan al quedar económica y socialmente desamparadas.

En los registros históricos de Ming y Qing abundan citas como esta: "La castidad es esencial en la buena esposa. Ante la calamidad, la esposa tiene dos opciones, agua o metal. ¡Recuerde eso hija!" (consejos de la esposa de You Quan a su hija, p. 230).

O como la siguiente: "Si bandidos vienen y yo no muero, no soy de fiar, si no muero cuando es debido, no poseo rectitud." (Sra. Zhao, esposa de Tang Zuqi, p. 230.)

En la dinastía Qing, sin embargo, el espíritu de mártir fue sustituido por la fidelidad hacia el esposo. Debido a la propaganda oficial disminuyen los casos de suicidios entre viudas. Los autores de este texto consideran que el creciente culto a la castidad y el suicidio entre las mujeres no se le pueden atribuir por completo al confucianismo. Cambios políticos, económicos y legales que paulatinamente ocurren en China desde la época Song minan poco a poco las instituciones confucianas las cuales se defienden a través de exceso de rigidez en las normas de conducta.

El cuarto bloque de artículos de este libro consta de dos textos: "Disciplina y transformación; el cuerpo y la práctica de la mujer daoísta en China del periodo Tang" y "Versión y subversión; La familia patriarcal y la poligamia en la narrativa coreana".

Susanne E. Cahill en el primer texto argumenta que la mujer en China sí tiene una manera de escapar al confucianismo, y esa mane-



ra era el daoísmo. Durante la dinastía Tang, muchos soberanos eran confucianos en el ámbito público y daoístas en lo privado. El culto por el Dao se profundiza a través de la única religión autóctona, el daoísmo. Tener en la familia a un monje o una monja, era un privilegio, por lo cual muchos mandaban a sus hijos a los monasterios daoístas. La monja daoísta no tiene que casarse, y por lo tanto escapa a todas las normas confucianas. Aunque incluso en el daoísmo se nota la supremacía masculina, sin embargo, también da espacios a la mujer. Entre las deidades celestiales daoístas las mujeres ocupan espacios muy importantes. La monja daoísta sólo tiene que cultivar su cuerpo y su espíritu para alcanzar la inmortalidad. La autora realiza un profundo análisis de la obra “Registros de trascendencia en la ciudad fortificada”, incluida en los cánones daoístas de la dinastía Tang. En estos registros aparecen veintisiete biografías de monjas que trascienden a través de la austeridad, el ascetismo, el celibato y el cultivarse constantemente. Entre esas monjas había poetisas y pintoras.

La monja Li Ye en su poema “Los ocho extremos” con sentido de humor dibuja su postura ante el matrimonio: “Cercanos y sin embargo los más lejanos: el este y el oeste, / profundos y sin embargo los más superficiales: las corrientes transparentes, / altos y sin embargo más luminosos: el sol y la luna / íntimos y sin embargo más distantes; el esposo y la esposa.” (p. 266)

El daoísmo durante la dinastía Tang tal vez no ofrecía la alternativa ideal de vida, sin embargo, muestra ser un valioso escape de la rigidez confuciana.

Ja Hun Kim Haboush en su artículo sobre la narrativa coreana, explica que la formación de la escritura coreana le permite a la mujer involucrarse activamente en la escritura de textos literarios leídos también por el hombre. El autor plantea la comparación entre dos obras, *Sukshong Silloc*, representante de la historiografía oficial, y *Verdadera historia de la reina Inhyön*, clásica de la biografía no oficial. Ambos textos parten de la íntima relación entre la conducta moral del individuo y el orden social. Sin embargo, mientras que la primera abierta y reiterativamente resalta la virtud femenina mediante ejemplos de mujeres virtuosas, la segunda, mediante la exaltación de las maneras sutiles y abnegadas, refuerzan los valores confucianos de piedad filial, rectitud y lealtad. Más que enumerar las cualidades de la reina, esta obra describe su comportamiento sumiso, pero a su vez digno y honroso. Sutilmente la reina acapara la atención del lector convirtiéndose en un ejemplo a seguir por todas las mujeres coreanas que pretendían obedecer cabalmente el orden confuciano, mostrando a su vez, destellos de individualidad.

De la lectura de este libro se desprenden muchas conclusiones de las cuales, tal vez, la más evidente es ésta: “no era fácil ser mujer en esos tiempos y en esas latitudes geográficas”.

LILJANA ARSOVSKA  
*El Colegio de México*

Harvey E. Goldberg, *Jewish Passages-Cycles of Jewish Life*, University of California Press, 2003, pp. 379.

Desde el siglo XIX, antropólogos, etnólogos y sociólogos manifiestan especial interés por los *ritos de transición o pasaje*. Trátase de ceremonias que marcan la vida de un individuo en sus diversas etapas, desde el nacimiento hasta la muerte; perforan su acotada memoria y se legitiman en el marco de las ramificadas tradiciones de la colectividad de pertenencia; ceremonias que —como los mitos— encierran un valor simultáneamente cognitivo, hermenéutico y conductual, pues sintetizan una particular concepción del mundo a través de la cual se perciben e interpretan los hechos y su desenvolvimiento narrativo. En su turno, estas subjetivas miradas fijan y regulan comportamientos; de aquí la curiosidad que suscita entre los científicos sociales y los psicoanalistas.

No fueron, sin embargo, estos especialistas ni los primeros ni los más audaces en esta propensión. Los ciclos de vida instaurados por las culturas —religiosas y laicas— aguijaron la atención de filósofos al flujo del tiempo, desde Heráclito hasta Hegel. ¿Se mueve y contornea el tiempo en forma lineal? ¿O es circular y repetitivo? ¿O dialéctico? ¿O tal vez no existe: es otra ilusión humana? Perspectivas divergentes de la historia y de la humana existencia han ofrecido respuestas desiguales; en cualquier caso, el tiempo físico y biológico pertenece a la realidad mas no encierra significado en sí mismo. La cultura se lo dispensa. Así, la adjetivación del tiempo (corto, largo, rítmico, envolvente, finito) es inexorablemente subjetiva.

El instructivo texto de Goldberg ofrece evidencias que sustentan este juicio. Indaga en particular en el caso del judaísmo como cultura y religión, y en los ritos de transición como la circuncisión, el *bar mitzvá* (la llegada del adolescente a sus trece años), el casamiento, las peregrinaciones a los lugares sagrados, la muerte, el duelo, y los actos memoriosos que evocan a los que se fueron de este mundo.